

# Ciclos de viajes

Eduardo Martínez de Pisón\*

\*Catedrático de Geografía Física de la Universidad Autónoma de Madrid.

<sup>1</sup> Tazieff, H. (1978): Erebus. Volcan antarctique. Paris, Arthaud, 157 págs. Como marco véase Kirwan, L.P. (1965): Historia de las exploraciones polares, Barcelona, Caralt, 408 págs. Sugiero algunos libros, por ejemplo: Nansen, F.: Vers le Pole. Paris, Flammarion, s.a., 468 págs. Ristelhueber, R. (1944): La double aventure de Fridtjof Nansen (Explorateur et philanthrope), Montreal, Varietés, 319 págs. Amundsen, R. (1946): La conquista del Polo Sur. Expedición del Fram (1910-12). Buenos Aires, Futuro, 277 págs. Peary, R.E. (1911): A l'assaut de Pôle Nord. Paris, Laffite, 341 págs. Abuzos. Duque de los (1903): La Estrella Polar en el Mar Artico, Barcelona, Maucci, 2 tomos, 421 + 311 págs. Todo geógrafo español debería leer a Teran, M. de (1943): La epopeya polar. Madrid, Ed. Bibl. Esp., 134 págs. Con intención pedagógica se editó la antología de Cossem, M. (1978): Le gran Nord. Paris, Larousse, 160 págs.

<sup>2</sup> Ver Egede, H. (1973): A description of Greenland. Reed. en Millwood, Kraus repr. CXVIII + 225 págs. Rey, L. (1974): Groenland. Univers de cristal. Paris, Flammarion, 340 págs. Erngaard, E. (1972): Greenland. Then and now. Copenhagen, Lademann, 240 págs. Fantin, M. (1969): Montagne di Groenlandia. Bologna, Tamari, 369 págs. + fot. y map.

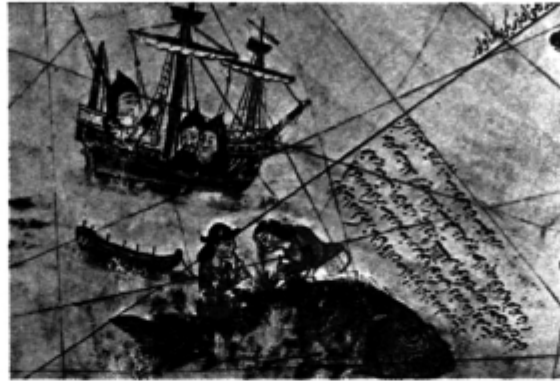
Los libros de viajes no suelen ser productos ocasionales, sino que se agrupan en ciclos, algunos realmente destacables: el polar, el alpino, el pirenaico, los libros del ciclo asiático, el de las grutas, el de los volcanes. Evidentemente hay más —el de la aventura africana, por ejemplo—, pero prefiero restringirme aquí a unos breves comentarios sobre los mencionados.

## I. El Ciclo Polar

El *ciclo polar* puede considerarse agotado, tras un gran esplendor, aunque el reciente libro de Tazieff sobre el Erebus es, en parte, el último relato antártico escrito voluntariamente en la línea de la edad de oro. Esta edad es, obviamente, la de la conquista de los polos en los mismos límites de la supervivencia (1); podría quizá destacar dos conductas en esa conquista: la de Amundsen, para quien la hazaña era resultado de la previsión, la capacidad, la voluntad, la experiencia, la adaptación, la organización y el valor, y la de Nansen, de personalidad matizada, explorador, filántropo, científico, quien pensaba que el bien surge de los lugares solitarios como los grandes reformadores han salido del desierto y que el espacio infinito eleva el alma y contribuye a modelarla sobre líneas anchas y simples: «nuestra exploración —escribe— ha mostrado que con pocos medios se puede obtener mucho». El eco de estas expediciones lo resume Nansen en su prólogo a *La conquista del Polo Sur* de Amundsen: «La inteligencia y la fuerza del hombre habían alcanzado una victoria sobre las fuerzas ciegas de la naturaleza. Habíase cumplido una hazaña que elevaba a la comunidad humana por encima de la monotonía gris de la vida corriente; el hombre entrevió, por primera vez, tierras prohibidas, un mundo de mesetas y montañas cubiertas de hielos milenarios que proporcionaban la visión de épocas glaciales determinadas: la vida había vencido al reino rígido del frío».

Una buena parte del ciclo polar trata obligatoriamente de Groenlandia (2), que posee, no obstante, su propio cuerpo desde la *Description of Greenland* de Hans Egede (1686-1758) hasta los relatos de Knud Rasmussen, de quien Louis Rey escribe: «Knud Rasmussen encarna, desde 1910, la nueva generación de exploradores del Artico». Rasmussen transcribe el Artico, el Gran Norte, en una imagen transparente: «la verdadera sabiduría sólo se encuentra lejos de los hombres y no

se llega a ella más que a través del sufrimiento. El espíritu humano alcanza la verdad por las privaciones y el dolor». Aquí se inscribe la formidable epopeya de Wegener, iniciada en junio de 1930 en el Oeste groenlandés, proseguida en el interior del inlandsis hasta la base de Eismitte y finalizada en noviembre con su desaparición y la del esquimal Rasmus Villumsen en la ventisca. Wegener es la transición entre la



San Brandán en el Atlántico.

época heroica y la científica; como ejemplo de esta última en el mundo polar puede citarse la *Géologie de l'Antarctique* de Cailleux (3). Un contraste basta para definir las dos épocas; por un lado Cook escribía en el siglo XVIII: «El riesgo que se corre al reconocer una costa en estos mares australes desconocidos y helados es tan grande que me atrevo a

## RESUMEN

Los libros de viajes se pueden agrupar en ciclos. Entre los más significativos se pueden destacar el ciclo polar, el ciclo alpino, el ciclo pirenaico, el ciclo de los libros sobre grutas, el ciclo asiático, que está constituido por algunos de los libros de viajes más atractivos, y los libros sobre volcanes, que participan de la espectacularidad e interés del fenómeno que describen. El ámbito en el que se desarrollan estos ciclos constituye un universo cultural y simbólico de características propias.



Robert E. Peary en 1909.



Roald Amundsen en 1911.

<sup>3</sup> Cailleux, A. (1963): *Géologie de l'Antarctique*. Paris, Sedes, 210 págs. Ver también el excelente libro de Escher, A., Watt, W.S. et al. (1976): *Geology of Greenland*. Copenhagen, Geol. Surv. of Greenland, 603 págs.

decir que nadie osará nunca a ir más lejos que yo y que las tierras que puedan estar más al Sur jamás serán reconocidas»; por su parte Cailleux dice: «El estudio científico de la Antártida no ha sido posible más que gracias a los barcos, a los trineos y, más recientemente, a los aviones y helicópteros. Los geólogos deben mucho a los aviadores».

Alargando el ciclo hasta su remoto pasado, algunos han buscado también las raíces legendarias del Gran Norte en el majestuoso volcán atlántico que aparece en diversos mitos, relatos y lugares del océano; así Louis Rey, que propone una posible ubicación del infierno de Brandán en Islandia, la isla brumosa de murallas de lavas oscuras, volcanes y nieves, apercebida por Naddod y llamada Snelande. Sin duda el Etna de Virgilio fue retomado y asociado a los diversos mitos y relatos



*La expedición de Scott al Polo Sur. 1912.*

4 Benedeit (1983): El viaje de San Brandán. Madrid, Siruela, XXXIX + 171 págs. Benito Ruano, E. (1978): La leyenda de San Borondón, octava isla canaria. Valladolid, C.M. Colón, 89 págs. Hay unas frases de Saint-Exupéry (Carta a un rehén. Buenos Aires, Goncourt, 1975, 75 págs.) que unen el ciclo polar y el de los desiertos: «Ciertamente, el Sahara sólo ofrece, hasta donde se pierde la vista, una arena uniforme, o más exactamente —puesto que allí las dunas son raras— una grava guijarrosa. Allí uno se baña en las condiciones mismas del tedio. Y, sin embargo, invisibles divinidades nos construyen una red de direcciones, de pendientes y de signos, una musculatura secreta y palpitante de vida. Ya no es uniformidad. Todo se orienta. Ni siquiera un silencio se parece a otro silencio... Y como el desierto no ofrece ninguna riqueza tangible, como no hay nada que ver ni oír en el desierto, se está constreñido a reconocer —puesto que allí la vida interior, lejos de dormirse, se fortalece— que el hombre está animado al comienzo por sollicitaciones invisibles. El hombre está gobernado por el espíritu. En el desierto valgo lo que valen mis divinidades».



*Expedición italiana a Alaska en 1897. Foto V. Sella.*

de la erupción en los confines, en la santa peregrinación oceánica, y es posible su aplicación dispersa, por lo que ciclos tan distintos como el polar y el del gran volcán atlántico pueden remontarse, si se quiere, a mitos comunes. Benito Ruano (4) enlaza la leyenda de Brandán con cinco grupos de mitos (clásicos, célticos, cristianos, orientales y geográficos) y comenta la posibilidad de aplicación de las referencias sobre las islas a distintos lugares, lo que hace de San Brandán una verdadera bisagra de todos los viajes atlánticos.

## II. Los libros del Ciclo Alpino

El ciclo más complejo es el de los *libros alpinos*. Sin acudir a momentos demasiado lejanos, una clave decisiva de este ciclo es el

escrito destacado por Terán («De montium admiratione»), indicador de un cambio que empieza con los humanistas y naturalistas del Renacimiento, y en el que Gesner, en su *Epístola ad Jacobum Avienum* de 1541, declara su admiración por las montañas y su goce en ascenderlas (5), «cupiditate ductus ascendi» del Dante. «El giro —escribe Sonnier— es decisivo e irreversible». Según este autor «la conquista de



*De Saussure en el Mont Blanc en 1787.*



*Escalada a la Aiguille du Midi en 1856.*

<sup>5</sup> Terán, M. de (1977): *Las formas del relieve terrestre y su lenguaje*. Madrid, R. Acad. Esp. 66 págs. Sonnier, G. (1977): *La montaña y el hombre*. Barcelona, R.M., 263 págs. Ex expresivo el catálogo de la Exposición del libro de Montaña, (1953), Barcelona, Club Montañés Barcelonés, 111 págs., con 857 referencias. A inicios del siglo XVIII, escribía Scheuchzer: «Quien, en este estudio, desee alcanzar un trabajo fecundo, no debe contentarse con instalarse delante de su estufa y elaborar quimeras fantásticas; es necesario que acuda a la naturaleza para ascender a las montañas y recorrer los valles... En estos parajes salvajes y solitarios he experimentado más placer que a los pies de Aristóteles, de Epicuro y de Descartes».

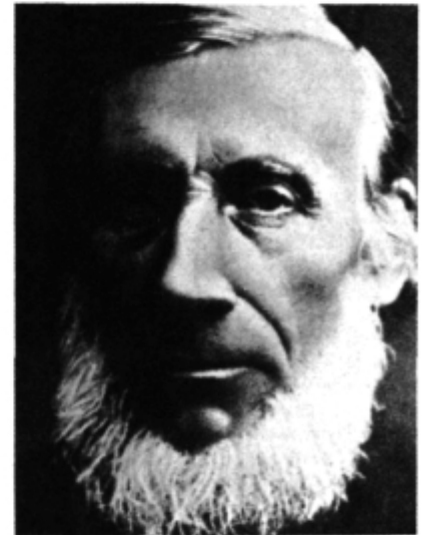
la montaña es un fenómeno propio de una civilización evolucionada», en el doble aspecto de que «supone la satisfacción previa de las necesidades esenciales» y de que indica una madurez cultural al introducir una visión desinteresada del paisaje. El «espíritu y la acción», nacen de «la conjunción, hacia mediados del siglo XVIII, de un racionalismo científico (ya no abstracto, sino basado en la observación y la experiencia) y el sentimiento, ya romántico, subjetivo de la naturaleza». La obra más célebre desde el lado naturalista fue el monumental *Voyages dans les Alpes* de H.B. de Saussure, con ilustraciones de M.T. Bourrit; el conquistador del Mont Blanc escribe: «Sólo aquéllos que se han entregado a estas meditaciones sobre las cimas de los altos Alpes saben en qué



medida son más profundas, más amplias, más luminosas que cuando se está encerrado entre los muros de su gabinete». Gessner había escrito: «Pienso que el hombre que juzga las grandiosas cimas como no merecedoras de ninguna atención es un enemigo de la naturaleza». Quizás el libro más influyente, desde el lado literario, fuera «*La Nouvelle Heloise*» de Rousseau o la actitud general de éste, pero la visión más profunda y romántica de la montaña es la de Senancour, ya en el siglo XIX, que dice: «Si hay alguien que quiera buscar lo verdadero, más para conocerlo que para glorificarse de ello..., que suba a los altos valles». John Ruskin añadirá: «Las montañas son el comienzo y fin de todos los paisajes... las montañas han sido creadas como escuelas y catedrales; para los sabios son preciosos manuscritos, para los excursionistas son enseñanzas simples e instructivas, para los filósofos y pensadores son claustros silenciosos, para los adoradores sinceros y de corazón puro son santuarios luminosos». «Cuanto más crece el carácter montañoso de un lugar, más aumenta su belleza absoluta».



Henriette d'Angeville en el Mont Blanc.



Tyndall, glaciólogo y conquistador del Weisshorn, en 1861.

A partir de aquí comienza el verdadero ciclo alpino, con caracteres de aventura robinsoniana, de busca de la serenidad y el retiro, de experiencia de «la lentitud de las cosas», de vivencias de un medio salvaje, del riesgo, la exploración y de la conquista deportiva, aunque no falte el trabajo científico que aún guarda relación con la literatura de viajes (6). Probablemente son los escritos de Whymper —y sus dibujos— la más importante aportación a este ciclo, sobre todo en la década de los sesenta del siglo pasado, en los que narra sus grandes escaladas, acción que sucede a los sentimientos de Byron, Shelley y Ruskin y a los promotores del Alpine Club.

En 1863 se empieza a editar el *Alpine Journal*; con él aparece un nuevo estilo descriptivo y el relato placentero de escaladas atractivas, como las narradas por Mummery, cuyo contrapeso, a su vez, será el estupendo *Tartarin sur les Alpes* de Daudet. Obras como *Il Monte Cervino, Alpinismo acrobático* de Guido Rey, ya en nuestro siglo,

<sup>6</sup> Kempf, B.: La montaña y la literatura», en Herzog, M. (1967): La montaña. Barcelona, Labor, págs. 587-671. Como ejemplos de libros científicos Tyndall, J. (1886): Les glaciers et les transformations de l'eau. Paris, Felix Alcan, 264 págs.; Desor, E. (1844): Excursions et séjours dans les glaciers et les hautes régions des Alpes, de M. Agassiz et de ses compagnons de voyage. Neuchatel, Kissling, XV + 638 págs.

buscan profundizar en el alpinismo o, en el caso de *Révélacion de la montagne* de Julius Kugy, ahondar en el sentido de la vida armoniosa con la naturaleza. Un espléndido libro surge en esta corriente: *Vocation alpine. Souvenirs d'un guide de montagne*, de Armand Charlet, relato expresivo del carácter y modo de pensar de los grandes guías de Chamonix (7). La novela con Frison-Roche y el dibujo y los relatos con Samivel se añaden a las narraciones de escaladas (como el libro de A. Heckmair, *Los tres últimos problemas de los Alpes*), y a escritos de divulgación (Ch. Gos: *Alpinisme anecdotique*, por ejemplo), conformando, en conjunto, una imagen literaria de los Alpes y de la aventura montañera, devorada por una minoría, cada vez más amplia, de alpinistas idealistas.

<sup>7</sup> Whymper, E. (1949): *La escalada del Cervino*. México, Divulgación, 141 págs. y (1977) *Escalades dans les Alpes de 1860 a 1869*. Geneve, Slatkine, 456 págs. Kugy, J. (1944): *Révélacion de la montagne*, Neuchatel, Attinger, 209 págs. Irving, R.L.G. (1936): *La conquete de la montagne*. Paris, Payot, 411 págs. Engel, C.E.: *Le Mont Blanc. Route classique et voies nouvelle*. Neuchatel, Attinger, s.a., 163 págs. Gos, Ch. (1934): *Alpinisme anecdotique*. Paris, Attinger, 314 págs. Charlet, A. (1949): *Vocation alpine. Souvenirs d'un guide de montagne*. Neuchatel, Attinger, 209 págs. Samivel (1980): *L'Opera des pics*. Grenoble, Didier Richard, 85 págs.; (1972) *Sous l'oeil des choucas*. Paris, Delagrave, 62 págs.; (1972) *Monsieur Dumollet sur le Mont-Blanc*. Chamonix, Mythra, 112 págs.; (1972) *Bonshommes de neige*, Chamonix, Mythra, 91 págs.; (1951) *Contes a pic*, Paris, Arthaud, 285 págs.; (1963) *L'amateur d'abimes*. Paris, Stock, 317 págs. Heckmair, A. (1953): *Los tres últimos problemas de los Alpes*. Barcelona, Juventud, 156 págs.

<sup>8</sup> Los libros de Rebuffat y Terray (*Estrellas y borrascas*, *Los conquistadores de lo inútil*, Barcelona, R.M., 1982) pueden representar esta época de cristalización. El primer manual bellamente editado fue el de Rebuffat, G. (1959): *Neige et Roc*. Paris, Hachette, 192 págs. Este libro fue luego corregido, añadiéndosele una parte sobre escalada en hielo, modernizada, y traducido al español, por lo que no sólo constituye un manual clásico fundamental, sino que sigue vigente al incorporar nuevas técnicas. Es también interesante Lachenal, L. (1956): *Carnets du vertige*. Paris, UGE, 249 págs.



E. Whimper, escalador del Cervino, en 1865.



Grabado de Whimper: *Pointe des Ecrins*.

Perfilada esta imagen, junto a los escritos de Engel, Young, Irving, Mazzotti, Lunn, etc., es el tiempo del alpinismo cristalizado: Gervasutti, Terray, Magnone, Livanos hasta Rébuffat y las nuevas expediciones de post-guerra («la poesía extraña de las cuerdas, el metal y el vacío»): los recorridos por los altos glaciares, las grandes paredes, los espolones, aristas, las crestas más aéreas, los vicacs, las tormentas. Aparecen los primeros manuales de técnica alpina en ediciones lujosas (8). Inme-

<sup>9</sup> Por ejemplo: Audoubert, L. (1977): La integral de Peuterey. Barcelona, R.M. 103 págs. Messner, R. (1978): Las grandes paredes. Barcelona, R.M., 143 págs. Un libro de gran belleza es el de Shirakawa, Y. (1973): Majesté des Alpes. Lausanne, Bib. des Arts. 135 págs. También, Maeder, H. (1971): L'Atrait de la montagne. Zurich, Silva, 131 págs.; Frison Roche, R. y Tairraz, R. (1975): Montagne. Paris, Larousse, 144 págs., y Rebuffat, G. (1976): Horizontes conquistados. Barcelona, R.M., 140 págs., entre otros. La información ha aumentado considerablemente (guías, mapas, relatos, croquis), así como su difusión: desde algunas de las guías ya citadas a la de Schaer, J.P. y otros (1972): Guide du naturaliste dans les Alpes, Neuchatel, Delachaux-Niestlé, 421 págs.; el libro de Bachmann, R.C. (1979): Glaciers des Alpes. Paris, Bibl. Arts, 320 págs.; el folleto de Vincent, F. (1976): Aspects de certains reliefs de la vallée de Chamonix. Notions de Géomorphologie et itinéraires conseillés. Chamonix, Ass. am. res. nat. Aig. Rouges, 44 págs.; la funcionalidad de las guías de itinerarios de escalada llega a la edición de fichas en dos octavillas, por ejemplo: Aiguille du Tour Noir en traversée. Massif du Mont Blanc. Guide Mythra, nº 12. Como contraste podría citarse el folleto de Bernaldo de Quiros, C. (1926): Alpinismo en España. Madrid, Com. Reg. de Turismo, 14 págs., humilde muestra de que en España había buenas montañas y pocos montañeros, y compararlo con la actual revista Desnivel, publicación mensual de 58 págs., con fotos en color, propaganda de consumo, mención a expediciones remotas, artículos sobre Bouldering, una forma de arte místico —el placer del ritmo gimnástico—, donde se califica al Huascarán N. de tapia de los Andes con buena documentación fotográfica, y cuyo comentario a un libro se refiere, por ejemplo, a Terray, que murió en 1965. La propaganda reúne a 24 casas que fabrican o venden material de alpinismo y a 5 librerías y 1 editorial, especializadas en libros de montaña; el contraste con este mismo ramo hace 20 años es extraordinario (pero el estilo de Terray sigue vivo). Escribía Saint-Exupery: «Si al franquear una montaña en la dirección de una estrella el viajero se deja absorber demasiado por los problemas de la escalada se arriesga a olvidar cuál es la estrella que lo guía».

diatamente después y hasta nuestros días se editan nuevos tipos de libros, más frecuentes y de difusión mayor: relatos de grandes proezas, guías de viajes, de marchas y de escaladas, guías naturalistas, libros de fotos verdaderamente caros, estudios y sus divulgaciones, reediciones de los clásicos... y todo ello de modo constante y abundante, incluso en España (9). Estas ediciones revelan un nuevo mercado, mayor consumo, al tiempo que, con frecuencia, una posible pérdida de



Grabado de Whimper: Espectro de Brocken en el Cervino.

calidad interna; quizás también ocurra algo parecido en ciertos casos con la práctica del alpinismo, más masiva, menos reflexiva, más deportiva, menos literaria, aunque no de sus logros, a veces verdaderas proezas: también los libros y los equipos han ganado en «escenario», en presentación, en técnica. ¿Qué espíritu mueve hoy al alpinista? Pocos libros actuales contestan ya a esta pregunta. (Yo diría: el poder estar allí).



Guías del Cervino; siglo XIX.

«¿Qué hacer ahora, en este fin del siglo XX, con las grandes y magníficas montañas?» —se pregunta Samivel—, «por supuesto, subir encima, manera usual y occidental de resolver el dilema. Existe una especie de término medio..., simplemente, rodearlas por montes y valles. Sin duda, el modo más antiguo de aquellos «viajes a los glaciares», tan apreciados desde finales del siglo XVIII. De hecho, la

deambulaci3n circular tiene t3tulos de nobleza mucho m3s viejos, porque, en los tiempos de las montafias-dioses, o morada de los dioses, por lo tanto tab3es, se trataba de una andadura a la vez reverencial y propiciatoria... El 3ltimo eco, muy debilitado y muy literario de tales actitudes, es quiz3 el nombre del primer y modesto refugio edificado en la 3poca de las Luces sobre el Montanvers, pomposamente dedicado «A la Naturaleza»...



*Gu3as de Chamonix en 1920.*



*El gu3a alpino F. Payot. 1920.*



*Turistas en el Rigi, a comienzos del siglo XX.*

<sup>10</sup> Samivel y Norande, S. (1981): La grande ronde autour du Mont-Blanc. Grenoble, Gl3nat, 143 p3gs. Puede completarse con Topo-guide du sentier du Grande Randon3e. Sentier du tour du Mont-Blanc. Paris, Co. Nat. sent. G.R., 1975, 87 p3gs.

<sup>11</sup> Rebuffat, G. (1973): Le massif du Mont Blanc. Les 100 plus bell3s courses. Paris, Deno3l, 239 p3gs. Comenta el autor que en este macizo hay m3s de 2.000 posibilidades de ascensiones, minuciosamente descritas en las gu3as Vallot, en tres tomos.

As3 arranca el mejor ligro-gu3a de traves3as alpinas que conozco (10), respondi3do con un buen poso cultural a la pregunta que antes formulaba; y aun a3ade: «Pero 3no va cada cual al destino que se ha forjado?». La montafia queda en el que la recorre: «Justamente, porque la has ganado, la llevar3s contigo».

No s3lo hay un excelente libro para hacer la gran marcha que rodea el Mont Blanc, sino otro con 100 itinerarios selectos para adentrarse en el macizo y ascender a sus cumbres (11). «Nombres de picos... cantan en nosotros... y parecen llamarnos», escribe R3buffat, «una ascensi3n

es una fiesta... hay la escalada que es una creación... hay la alegría de escalar... descubrimiento de sí mismo, descubrimiento de la altitud... respirar como la nieve, la roca, las nubes, los vientos... escalar en un mundo con el que se es acorde... El alpinista es un hombre que conduce su cuerpo allí donde, un día, sus ojos han mirado».

Frison Roche ha dedicado una obra a recordar este escenario a lo largo de cincuenta años, con sus cambios, apoyado en una interesante documentación fotográfica, evocadora del panorama histórico donde tienen su raíz muchos libros de este ciclo. Algunas miradas atrás son atractivas, como la lectura de la «Excursión al Rigi» de Mark Twain, saludable caricatura de la vertiente turística de estos viajes alpinos (12). Pero la recreación de más calidad se debe a Samivel, que escribe y dibuja con humor el romántico «tour du Mont Blanc» de Monsieur Dumollet, al estilo de los «sublimes horrores», junto al «Monarque de frimas»; esta parodia es, para mí, el más refinado producto del muy europeo ciclo alpino (13).

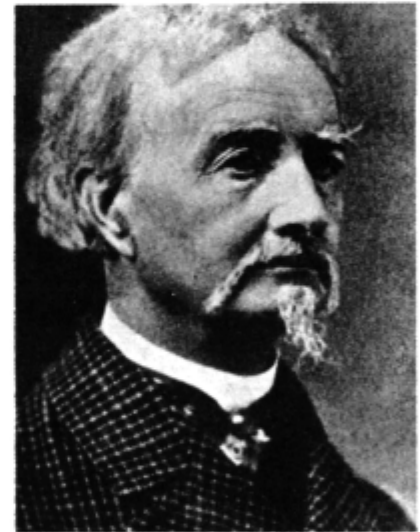
<sup>12</sup> Frison-Roche, R. y Tairraz, P. (1974): 50 ans en montagne. Paris Arthaud, 229 págs. Ver también Lejeune, D. (1976): Alpinistes et pyrénéistes de la fin du XIXe au début du XXe siècle. Re. Géogr. Pyr. S.O., págs. 289-296, y (1974) Les alpinistes en France á la fin du XIXe et au début du XXe siècle (vers 1875-vers 1919). Etude d'histoire sociale; étude de mentalité. Thèse 3e Cycle d'histoire. Uiv. Paris X Nanterre, 2 vols dac. 411 págs.; también, (1976) Les alpinistes dans la société Française (vers 1875, vers 1919)... Rev. Géogr. Alpine, págs. 515-527, y Jail M. (1975): Les sociétés sportives d'alpinistes... depuis 1874, Rev. Géogr. Alp. págs. 5-50. Maeder, H.: L'attrait... Op. cit. Es también interesante la antología y el estudio de Adam, C. y J.M. (1977): Le roman de montagne. Paris, Larousse, 191 págs.

<sup>13</sup> Samivel: Monsieur Dumollet... Op. cit. Lacoste-Veyssere, C. (1981): Les Alpes romantiques. Le thème des Alpes dans la littérature française de 1800 a 1859. Genève, Slatkine, 2 vols. 973 págs. Alguna alusión a estos temas he hecho ya en Los conceptos y los Paisajes de montaña, en Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Areas de Montaña. Madrid, Serv. Publ. Agr., 1981, págs. 21-34.

<sup>14</sup> Ramond (1927): Voyage dans les Pyrénées... Lyon, Landarchet, CXLII + 210 págs. Ramond de Carbonnières, L.F.E. (1978): Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées. Genève, Slatkine, LIV + 413 págs. También, Gaston, M. (1975): Images romantiques des Pyrénées. Pau, Am. Mus. Pyr., 351 págs.



Acuarela de Samivel.



El pirineista. H. Russell.

### III. El Ciclo Pirenaico

Los libros del *ciclo pirenaico* son una variante, algo particular, del ciclo alpino. En el siglo XVIII se interesan por el Pirineo hombres como Palassou, estudiosos de su naturaleza, que averiguan su roquedo, observan por vez primera sus bloques erráticos, o como Junker y Heredia, que efectúan numerosas mediciones geodésicas y alcanzan diversas cimas, que, con los trabajos de Reboul y Vidal, empiezan a ajustarse a sus verdaderas alturas. Pero el personaje fundamental — como de Saussure en el Mont-Blanc—, en esta época, es Ramond de Carbonnières, en el Monte Perdido (14).



Hombre de fuerte personalidad, alcanza en 1796 a ver el gran glaciar del Perdido y en 1802 logra su cumbre: con él se abre el pirineísmo, tanto montañoso como libresco. Sus razones científicas dan pie a su voluntad de ascender a la cima y a narrar, con vivencias románticas, el «sublime espectáculo» de la alta montaña, que transmitirá con fuerza y estilo. Como hoy Rébuffat, escribía Ramond al comenzar el siglo XIX: «Todo estaba acorde, el aire, el cielo, la tierra y las aguas». La armonía, ante todo, «sobre estas cimas que son las verdaderas extremidades de la tierra», en una naturaleza grandiosa y silenciosa, donde el viajero «contempla sobre su cabeza la inmensidad del espacio, y bajo sus pies la profundidad de los tiempos». Como Gessner en 1541: «Qué alegría para el espíritu poder admirar como un espectáculo la masa imponente y majestuosa de las montañas». Como Aretius en 1557: «No sabría expresar el amor y la nostalgia que experimento ante las montañas. En ningún lugar me detengo con mayor satisfacción que sobre una cresta de montaña».



*El geógrafo F. Schrader.*



*El conde de Saint-Saud.*

Científicos y montañeros —Cordier o Parrot— y guías locales —Barrau o Charlet— recorren el Pirineo en los inicios del XIX, conquistando sus más conocidas cumbres; Peytier y Hossard y los geodestas del mapa de Francia coronan numerosas cimas en sus trabajos y, ya en los años treinta, aparecen turistas meramente deportivos, como el Príncipe de la Moscowa, Anne Lister o Platon de Tchihatcheff, que buscan hazañas; mediado el siglo, Tonnellé escribe un relato que será difundido póstumamente, y que hoy constituye uno de los libros clásicos del pirineísmo (15). Por la época, Colomé de Juillan ideaba ya túneles que perforaran la montaña para comunicar España y Francia. Packe publica, en 1862, una guía de recorridos y ascensiones, que se hizo famosa y que marca una época distinta en el pirineísmo.

La gran figura de esta «época» es Russel, audaz viajero, entusiasta de la «región superior»; fundador en 1864 de la primera asociación pirineísta y en 1866 de su revista, autor de escritos vivaces, algunos

<sup>15</sup> Ver Peres, J.L. y Ubierno, J. (1973): *Montagnes Pyrénées*. Paris, Arthaud, 223 págs. Franqueville, A. de (1977): *Voyage a La Maladetta*. Pau, A.L.P., VIII + 102 págs. Tonnelle, A. (1977): *Trois mois dans les Pyrénées et dans le Midi en 1858*. *Journal de Voyage*. Pau, A.L.P., XII + 477 págs. He tratado estos temas en diversos artículos de la Gran Enciclopedia Aragonesa. Zaragoza, Unali, 1980, 12 tomos.



<sup>16</sup> Russell, H. (1978): *Souvenirs d'un montagnard. 1858-1878*. Pau, A.L.P., XXXIX + 416 págs.

Recordemos aquí también el libro de Taine, H. (1880): *Voyage aux Pyrénées*, Paris, Hachette, IV + 536 págs.

<sup>17</sup> Schrader, F. (1936): *Pyrénées*. Toulouse, Privat, 2 vols., 352 + 461 págs.

<sup>18</sup> Citemos a Saint-Saud, A. de (1883): *Courses en Navarre et Aragon. Excursions nouvelles dans les Pyrénées francaises et espagnoles*. Paris, Ann. C.A.F., 33 págs.; (1884) *Explorations topographiques dans le Haut Aragon*. Barcelona, Ann. As. Exc. Cat. 31 págs. etc... También Briet, L.: *Bellezas...* Op. cit. Camena D'Almeida, F. (1969): *Les Pyrénées. Développement de la connaissance géographique de la chaîne*. Amsterdam, Meridian, 326 págs. No entro aquí en el mundo de los viajes a balnearios, sin embargo fundamental en los dos Pirineos y quizá el de mayor tradición, que haría decir a Taine: *Je comptais trouver ici la campagne... Je reconte une rue de Paris. Recojo alguna referencia tradicional a Panticosa, como Gurucharri, E. (1903): Memoria de las aguas minerales de Panticosa, Madrid, Imp. Col. Huérfanos, 272 págs., y la pintoresca novela de W.E. Retana (1933), La tristeza errante, Barcelona, Sopena, 269 págs., con una curiosa descripción de los bañistas y sus hábitos; es un tema que merecería un estudio. En el Semanario Pintoresco hay también pinturas críticas y costumbristas sobre este balneario. Algo tópico es el libro de Puigdollers, J. (1903): Por los Pirineos. Impresiones de un viaje. Barcelona, Mercurio, 138 págs., pero, por ello, es quizá significativo.*

<sup>19</sup> Beraldi, H. (1977): *Cent ans aux Pyrénées*. Pau, A.L.P., 7 vols. Ver también, Escudier, J. (1972): *El Aneto y sus hombres. La Maladeta*. Barcelona, Montblanc-CEC, 240 págs., y Feliu, M. (1977): *La conquista del Pirineo*. Pamplona, Ed. C.D. Navarra, 207 págs.

<sup>20</sup> Cadier (1968) (1969): *Au pays des isards*. Pau, A.L.P., 2 vols, 141 + 159 págs. Un libro especialmente atractivo es el de Ollivier, R. (1980): *Le Pic d'Ossau. Monographie, impressions et récits*. Genève, Slatkine, 193 págs. Ejemplo de viaje común es el de García Mercadal, J. (1923): *Del llano a las cumbres (Pirineos de Aragón) Excursionismo*. Madrid, Rivadeneyra, 310 págs.

reeditados hace poco (16), fue definido como el hombre que más había amado el Pirineo. Los recorridos de Tissandier, los mapas de Wallon, las descripciones de Lequeutre y los escritos, dibujos y mapas de Schrader, sobre todo, constituyen un conjunto de aportaciones al conocimiento y divulgación de la cordillera, que toman estilo propio y definen especialmente el ciclo pirenaico. Schrader (17) publicó más de 200 trabajos sobre la montaña, realizó más de 400 dibujos, 250 grabados y una abundante cartografía pirenaica, todo ello de elevada calidad; no sólo su obra es un magnífico testimonio del Pirineo desde 1866, fecha en que lo conoció, hasta 1923, sino que contiene bellas descripciones y reflexiones, junto a interesantes observaciones glaciológicas. «Aquí —escribe—, una vez más y en un grado mayor, aparecen relaciones simples y armonías imprevistas... Toda concepción es sobrepasada... Nunca habíamos sabido lo que era la grandeza... No sabíamos lo que era la luz... No sabíamos lo que es el silencio». Recuerda, pues, a Jovellanos, cuando éste escribía en 1793, en sus *Diarios*, al contemplar la montaña asturiana: «En un sitio tan señalado como éste, donde la Naturaleza es tan grande y vigorosa, todo contribuye a aumentar la sublimidad de las escenas. El sol es aquí más brillante, los vientos más recios e impetuosos, las mudanzas del tiempo más súbitas, las lluvias más gruesas y abundantes, más penetrantes los hielos, y todo participa de la misma grandeza... Todo es bello..., todo sublime, todo grande». Igual que De Saussure. «Sobre las altas montañas» —dice Rousseau— se siente «más ligereza en el cuerpo, más serenidad en el espíritu... las meditaciones adquieren no sé que carácter grande y sublime, proporcionado a los objetos que nos impresionan».



*Pirineistas en el Aneto. 1920.*

Saint-Saud, Briet, de Margerie, Mallada pertenecen a un conjunto de hombres cultos, que dignifican la palabra viajero, siempre apasionados por estas montañas. Passet, Latour son excelentes guías, comparables a los alpinos. Camena d'Almeida, discípulo de Vidal de la Blache, realiza en 1891 su tesis sobre el conocimiento geográfico del Pirineo (18) y entre 1898 y 1904 se edita el monumental trabajo de Beraldi (19), que cierra la primera fase de la conquista montañera pirenaica, con la observación de que al auténtico pirineista no sólo sabe escalar, sino, dada su producción literaria, también escribir con estilo.

Es nuestro siglo una etapa de escaladas, entendidas como empresas que buscan vencer una dificultad; los hermanos Cadier representan esta tendencia en sus orígenes (20), que será ampliamente seguida,

<sup>21</sup> Las viejas guías Joanne, Adolphe y Paul.; Pyrénées. Paris, Hachette, por ejemplo de 1875, son realmente excelentes. Ciertos libros de molde clásico, como el de Peers, E.A. (1932): *The Pyrenees. French and Spanish*. London, Harrap, 270 págs., son aún sugestivos. Las mejores guías de escalada y marcha son las de R. Ollivier y otros: *Pyrénées centrales* y *Pyrénées occidentales*, directas, exactas y minuciosas, editadas en Pau por el propio autor; en España A. Jolis, A. Simo y A. Armengaud han publicado guías similares de nuestro Pirineo, editadas en Barcelona por el CEC; también de Cataluña proceden las guías y mapas de la Editorial Alpina, algunas redactadas por Llopis y por Llovet. Una selección de itinerarios está recogida por Bellefon, P. de (1976): *Les Pyrénées...* Paris, Denoel, 247 págs.; el Pirineo navarro tiene sus guías realizadas por el Club Deportivo Navarra y editadas en Pamplona por Ediciones y Libros, también prácticas. Las travesías se encuentran en Veron, G. (1980): *Alta excursión pirenaica*. Pamplona, Aramburu, 190 págs. y en los folletos Hébergement en montagne, de la Ass. Randonnées Pyrénéennes; conozco una relación de García Maria, V.E. (1930): *Refugio Prinencs*, Barcelona, Centr. Exc. Barcelonés, 20 págs., que precede de lejos a la actual (1975) *Guía de refugios de Alta Montaña. Pirineos*, Min. Inf. y Tur., 208 págs. El libro de Ribas, J. (1977): *Sentiers et randonnées des Pyrénées*, Paris, Fayard, 281 págs., es una obra amable y útil; en ella se dice: La montaña es, sin embargo, uno de los últimos lugares donde todavía se puede ir a cuerpo limpio... Cada cual tiene las alegrías que se crea y, por ello la felicidad que merece. Con este talante se pueden sugerir aún la Guía monumental y artística de Serrablo, Madrid, Min. Ed. y Ciencia, 1978, 205 págs. y la de Minvielle, P. (1974): *A la découverte de la Sierra de Guara*. Pau, Mairimpouey Jeune, 136 págs. que puede completarse con la de Enriquez de Salamanca, C. (1982): *La Sierra de Guara*. Las Rozas, C.E.S., 160 págs. En el ámbito naturalista deben usarse la de Dendaletche, C.: *Guide du Naturaliste...* Op. cit. y la de Debourle, A. y Deloffre, R. (1976): *Pyrénées occidentales. Guides géologiques régionaux*. Paris, Masson, 175 págs. El Itinerario... pirenaico de A. Joanne, de 1862, contiene numerosas aportaciones de E. Reclus, a quien Joanne califica



*Vías de escalada al Balaitus a comienzos del siglo XX.*

incluso —aunque minoritariamente— en España: Soler, Oliveras, Sayó, etc. Posteriormente aumenta la frecuentación, la información viajera y cambia el tipo de escritos, quizás ganando forma y perdiendo fondo, sin pretender la espectacularidad de la literatura alpina, porque, como siempre, el Pirineo está un punto más retirado (21).

#### IV. Libros de Grutas

Hermano también de estos ciclos es el de los *libros de grutas*. Martel, en su obra *La France Ignorée* (22), escribe —en 1930— que sugirió a Beraldi en 1906 el comentario de que el siglo XX llevaría a cabo un nuevo descubrimiento del Pirineo: el subterráneo: «Conviene, en efecto, continuar allí, *bajo tierra*, la obra realizada desde 1787 sobre las cimas por Ramond, Russell, Packe, Nansouty, Schrader, Brulle, Bazillac, Lequeutre, Wallon, de Saint-Saud».



*Exploración de La Bouiche en 1909.*

En la *Guía de las grutas de Europa*, se dice —en 1978— que en la cueva de Postojna, «desde su acondicionamiento en el siglo pasado, la caverna ha recibido más de 10 millones de visitantes» y que «las cuevas francesas recibieron unos 2.700.000 visitantes en 1969» (23). Y Llopis Lladó escribía en sus *Nociones de Espeleología* (24), en 1954: «El re-

vuelo internacional que ha promovido la exploración de la Sima de la Piedra de San Martín, ha despertado bruscamente la curiosidad de multitud de intelectuales hacia la Espeleología. Parece como si en pocas horas el mundo subterráneo, olvidado durante siglos, se hubiese revalorizado de repente». Este cambio, efectivamente, ha abierto un nuevo paisaje, el endokarst, y, sobre todo, ha dado pie a otra forma de exploración, una de las muy pocas que quedan y la única sin más modo de referencia que la observación directa, al quedar oculta para la tele-detección: los espeleólogos son los últimos «descubridores» en el Planeta, al menos en sus áreas emergidas; sus libros, por tanto, son de descubrimiento y exploración, lo que les distingue del resto de la literatura actual de viajes. Géze califica a este mundo de inmensa región, extensa como los paisajes desérticos o alpinos de la Tierra (25); más de 100 km. de galerías en el Hölloch del Muotatal, más de 150 km. entre la Mammoth Cave y la Flint Ridge Cave; profundidades de -1.152 m. en la Piedra de San Martín, con salas de 200 m. de diámetro; volúmenes del conjunto donde se aloja el cavernamiento, de 2,3 km.<sup>3</sup> en la sima Berger.



*Exploración de La Source en 1892.*



*Obermaier, Breuil, Cartailhac y otros espeleólogos en 1907.*

de tan intrépido turista como sabio geógrafo, que escaló todos los picos necesarios al Itinerario, entre San Sebastián y Port Vendres, en 1861.

<sup>22</sup> Martel, E.A. (1930): *La France ignorée. Des Ardennes aux Pyrénées*. Paris, Delagrave, 306 págs.

<sup>23</sup> Aellen, V. y Strinati, P. (1978): *Guía de las grutas de Europa*. Barcelona, Omega, 368 págs.

<sup>24</sup> Llopis Llado, N. (1954): *Nociones de Espeleología*. Granollers, Alpina, 72 págs.

<sup>25</sup> Geze, B. (1968): *La Espeleología científica*. Barcelona, Martínez Roca, 192 págs.

Carlos Puch clasifica por desnivel 83 cavidades españolas, desde la Piedra de San Martín con -1.321 m. (más que la medida de Géze) y la sima del Budoguía (-1.192 m.) hasta la de la Torre de Marboré, con -300 m., y, por desarrollo, otras 82, desde el Complejo Ojo Guareña, con



N. Casteret en 1950.

72.000 m. y la Piedra de San Martín, con 39.400 m., hasta la Cueva de los Quesos, con 3.000, ofreciendo unas minuciosas y exactas topografías de este nuevo universo español, un «Himalaya subterráneo» (26). Según este explorador y morfólogo (con cálculos puestos al día), 40 cuevas españolas superan los 500 m. de profundidad y 6 los 1.000 m. y 46 cuevas bajo nuestro suelo tienen más de 5 km. de desarrollo; la Sala de la Torca del Carlista es la segunda en dimensiones de las del mundo, con 450 m. de eje mayor, 230 m. de eje menor y 90 m. de altura.

Norbert Casteret ha escrito los más clásicos, emocionantes y humanos viajes a las cavernas, que un lector español pueda sentir próximos. Su *Diez años bajo tierra* debe ser uno de los primeros libros de Espeleología editados en España (27). Martel habla en el prólogo a esta obra de la audacia de Casteret, como demuestra el hecho de sumergirse en la oscuridad en un sifón desconocido de un río subterráneo en 1923, o de descubrir una cueva helada en la alta montaña pirenaica en 1926, y también de sus sensacionales experiencias, como la coloración en 1931 del alto Garona bajo las Maladetas (audacia, método y disciplina, señala Martel y exclama: «¡He aquí la verdadera Geografía!»). Las exploraciones espeleológicas de Casteret de los macizos de Monte Perdido y de las Maladetas se emparentan con el pirineísmo, pero pertenecen a otro ámbito cultural: «Por haberlos afrontado —escribe Casteret— explorado, yo conozco, yo amo los abismos, las cavernas, los ríos subterráneos».

La Espeleología española adquiere, como había pensado Llopis, verdadera entidad desde los años cincuenta; en 1964 aparece, en prueba de ello, el libro *Larra* (28). La traducción en 1953 de la obra de Tazieff, pasajeramente trasladado de los volcanes a las cuevas, sobre la sima de la Piedra de San Martín, sucedía a la antes citada de Casteret, que data de 1943. Estos tres libros marcan el camino literario de los viajes subterráneos en la España reciente, aunque sus raíces son más lejanas (el libro *Sota Terra*, de Font y Sagué, de 1909), y las obras

<sup>26</sup> Puch, C. (1981): Las grandes cavidades españolas. El Topo loco. jul., 226 págs. Publicaciones periódicas —por ejemplo, el Boletín STD— contienen detalladas observaciones.

<sup>27</sup> Casteret, N. (1943): Diez años bajo tierra. Madrid, Edit. Nacional, 222 págs., y (1953) Dans les glaces souterraines les plus élevées du monde. Paris, Libr. Acad. Perrin, 93 págs.

<sup>28</sup> Grupo espeleológico de la IPDV (1964): Larra. Sima de San Martín. Pamplona, Diput. Foral, 225 págs. Tazieff, H. (1953): La sima de la Pierre Saint-Martin. Barcelona, Juventud, 176 págs. Sobre el tema pirenaico hay que añadir la obra de Griessel, Yves (1959): Pyrénées souterraines. Paris, Flammarion, 235 págs.

actuales obedecen a criterios más amplios y a informaciones más precisas (el excelente *Atlas* de grandes cavidades de Puch).

Como es lógico, detrás está un conjunto de peripecias personales que no siempre pasan a la imprenta. Una de estas aventuras es la de la Expedición Hundidero Gato, de 1976, relatada por Hipólito Maeso (29): tras unas copiosas lluvias el caudal subterráneo ha aumentado considerablemente; a pesar de ello tres espeleólogos se adentran en la cueva («la entrada es grandiosa... teniendo uno la sensación de estar en el umbral de un reino distinto»: resurge la constante de la exploración de los confines), atraviesan en bote de goma varios lagos, escalonados por resaltes que destrepan, hacen travesías por la pared y encuentran restos de puentes deteriorados, de cables, maderas y clavos de un antiguo equipamiento del recorrido; pasan por salas y galerías amplias y, tras una gran cascada, siguen en la balsa un torrente violento, cada vez



*Casteret en una gatera de hielo.*



*Gruta de Casteret.*

<sup>29</sup> Maeso, H. (1977). Expedición Hundidero Gato. Pañalara, nº 411-12, págs. 158-161. Encuentro en la biblioteca de un espeleólogo (C. Puch) algunos libros expresivos de la aventura en las cuevas: Casteret, N. (1962): *Mi vida subterránea*. Barcelona, Bruguera. Chevalier, P. (1972): *Escalades souterraines*. Marseille, Laffitte, 247 págs. Marry, G. (1977): *Goufre Berger, premier - 1.000*. Montrouge, Ed. Tech. et Docum., 119 págs. Pernet, J.F. (1981): *L'abime sous la jungle*. Grenoble, Glénat, 91 págs. Queffelec, C. (1968): *Jusqu'au fond du gouffre*. Paris. Stock, 176 págs. y (1981) tº 2, Bourg-la-Reine, Arcora, 202 págs. y la reimpresión de la edición de 1894 de Martel, E.A. (1976): *Les abimes*. Marseille, Laffitte, 580 págs.

más alimentado por nuevas surgencias. La corriente se vuelve incontrolable, «emerge de las sombras la Sala de la Estalagmita, ésta se alza en el centro de la galería dividiendo el río en dos brazos; fueron unos momentos de incertidumbre, donde cada uno de nosotros indicaba por donde debíamos seguir, de lo que se encargó la corriente, arrastrándonos por el lado izquierdo a una velocidad que nos parece vertiginosa».



El retorno es ya imposible. Eluden una catarata, avanzan asegurados de largo en largo de cuerda, evitando ser arrastrados o que vuelque el bote, pero éste, finalmente, acaba pinchándose. Reparán la balsa, aunque utilizan otra de respuesto, biplaza, que enseguida se desgarrará también; siguen en el primer bote por un «curso de agua rapidísimo y espumeante... impetuoso y rugiente» en una galería habitualmente seca, temiendo la aparición de un imprevisible sifón; para ahorrar reserva de luz, ya que la travesía se prolonga, cierran uno de los carburos. Avanzan reteniéndose en las paredes, saliendo a las orillas, alcanzando islotes en el río. En una de las maniobras el bote vuelca, se rasga su suelo y pierden los remos. Continúan escalando por las paredes de la gruta o por la orilla, con agua a la cintura o nuevamente en el bote, que vuelve a volcar, sumergiendo a uno de los espeleólogos; posteriormente la corriente decrece, pero las pérdidas del río por sifones forman remolinos «y un gran borboteo, acompañado del ruido que hace una gran bañera al tragar agua». Escalan la pared, se extravían en una amplia sala y salen a la superficie tras veinticuatro horas sin respiro y de incertidumbre. Esta es la formidable aventura espeleológica. Según Puch, esta cueva tiene un desarrollo de 4.760 m., y se podría añadir que la misma cifra de peripecias posibles.

Un reciente libro muestra una nueva vertiente del viaje espeleológico español: la exploración extrapeninsular «del Ecuador al Artico en busca de cuevas». Su autor, Juan Ullastre, escribe: «los viajes espeleológicos a regiones exóticas no han tenido por objeto el deseo de llevar una vida azarosa; su finalidad no ha sido otra que el reconocimiento, el descubrimiento o la exploración científica... Las cuevas y simas de que hablamos en este libro o son poco conocidas o son cavidades que en su momento exploramos por primera vez» (30). El hombre aún pone pie en lo nunca visto.

<sup>30</sup> Ullastre, J. (1983): Cuevas exóticas. Exploraciones espeleológicas del Ecuador al Artico. Barcelona, Grijalbo, 265 págs. Se podría decir que en el mundo subterráneo la Geografía aún se encuentra en la etapa de exploración, en cierto modo similar a la que existió en el siglo XIX en lo concerniente a las regiones remotas; puede valer como ejemplo del uso decimonónico de los relatos de exploradores la obra de Ll. R. de (1888): *Novísima Geografía Universal*. Ordenada a la vista de las descripciones y narraciones de los descubridores, geógrafos y viajeros... Acontecimientos geográficos modernos. Relación de las exploraciones, viajes y descubrimientos más notables que se realizaron en los últimos años y que son indispensables para el conocimiento de la ciencia geográfica. Barcelona, Salvatella, T<sup>o</sup> IV.



*Tibetanos a comienzos del siglo XX, según foto de Alexandra David-Neel.*

## V. Los libros del Ciclo Asiático

Asia, «el más extenso, el más alto, el más ingente de los bloques continentales, el más poblado», como escribía Terán en aquel *Imago Mundi*



con el que todos nos hemos hecho algo geógrafos, ha sido siempre la otra referencia cultural de Europa. El corazón de Asia, a 3.000 km. del mar, las altas mesetas, las mayores cordilleras del mundo, los desiertos, las selvas, las leyendas coloniales, los pueblos de profundas culturas y sorprendentes arquitecturas, las largas distancias: «el módulo y el canon —dice Terán— son siempre distintos en Asia que en Europa». «La Naturaleza, en Asia, se impone al hombre por la colosal grandeza de sus proporciones. En Asia no existe la cumbre montañosa que escala el ferrocarril de cremallera, el río canalizado y reducido a domesticidad, el espacio disciplinado por la pauta y cuadrícula de la red de caminos del occidente europeo. La actividad humana en Asia ha sido durante milenios puramente defensiva». ¿Quién, al leer estas frases, podía seguir estudiando en vez de lanzarse a soñar? Los libros de viajes más atractivos son, sin duda, los del *ciclo asiático*.



*Negrotti, Sella y de Filippi en la expedición científica y alpinística al Karakorum en 1909.*



*Expedición británica por el Tibet en 1921.*

La Arabia, la India, el Tibet, Manchuria, el mar Amarillo, el remoto valle de Hunza, la cumbre del Gauri-Sankar, los desiertos de Gobi y Takla Makán, el golfo de Bengala, los ríos siberianos, el Yangtse, los nómadas, los arqueros jinetes, el caballo mogol, las ruinas en los desiertos, los Vedas, el oasis... son una fantástica escenografía, montada ya en las primeras aventuras librecas infantiles europeas; el camino a Asia es también una de las más viejas empresas de los pueblos occidentales: las campañas de Alejandro, los viajes de Marco Polo, de Montecorvino, las expediciones franciscanas, la expansión portuguesa.



*Expedicionarios al Everest en 1922.*



*Mallory y Norton en el Everest, a 8.225 m. de altitud, en el año 1922.*

<sup>31</sup> Andrade, A. de (1983): Nuevo descubrimiento del gran Cathayo, o Reynos de Tibet... en el año 1624. Madrid, Miraguano, 107 págs.

<sup>32</sup> Fantin, M. (1972): Alpinismo italiano nel mondo. Milán, C.A.I., vols. Himálaya e Karakorúm, Milán, CAI, 1978, 248 págs. Danelli, G. (1932): Padre Ippolito Desideri da Pistoia e le relazione del suo viaggio nel Tibet. Firenze, Marzocco.

<sup>33</sup> Por ejemplo: Hedin, S. (1923): Transhimalaja. Entdeckungen und Abenteuer in Tibet. Leipzig, Brockhaus. Ver también: Blunt, A. (1983): Viaje a Arabia. Barcelona, Laertes, 249 págs. y Sella, V. (1982): Fotografie e montagna nell'ottocento. Torino, Mus. Naz. Mont., 362 págs.

<sup>34</sup> Marias, J. (1961): Imagen de la India. Madrid, Rev. de Oc., 99 págs.

El libro de Antonio de Andrade sobre el Tibet, en 1624, (31) muestra la temprana penetración en el Himalaya de europeos aislados; en 1626 fundaron la famosa misión de Tsaparang y hasta 1640 fueron seguidos por otros misioneros, como los jesuitas que en 1631 atravesaron el paso de Tagalaung La, a 5.336 m. Un jesuita español de Akbar dibujó el primer mapa del Himalaya, mientras otros misioneros llegaban al Nepal o recorrían diversos sectores de la cordillera. Cuenta Fantin (32) que en 1661 dos jesuitas partieron de Pekin, pasaron por Lhasa, llegaron a Kathmandú, continuaron a Agra y a Roma; otro, el Padre Ippolito Desideri da Pistoia, en 1714, salió de Lahore hacia Srinagar, Leh, y en 1716 estaba en Lhasa, donde rebatía los dogmas lamaístas, y en 1721 pasa a Kathmandú, Madrás y Roma. No obstante, la primera mención de Lhasa es del viajero Pordenone (1318-30). A partir del Atlas de d'Anville de 1735 y de las exploraciones del XVIII, «el satuario secreto» y «la morada de los dioses» se incorporan a nuestros conocimientos geográficos, hasta los viajes de Sven Hedin (33), ya en nuestro siglo.

Comentando un viaje suyo a la India, escribe Marias (34) que este país «había sido demasiado tiempo escena de mis sueños; la había

imaginado demasiado... me había dejado un irreal sedimento, un poso sentimental», con lo que expresa el general encanto ejercido por Asia en los lectores europeos, en cuya primera imagen de este continente cuentan los relatos de sus grandes espacios y los largos viajes en que se recorrieron: Así es el viaje por excelencia.

Entre estos relatos destacan los de Alexandra David-Neel, antaño editados algunos de ellos en España y hoy agotados y olvidados por las editoriales, incluso en una colección popular bien vigente, lo que indica el desinterés y la desorientación reales en que se mueven los proyectos de publicación de libros de este género en nuestro país. Su obra *En*



*Eric Shipton en 1939.*



*El profesor Heim en el Himalaya. 1936.*

*el Tibet misterioso* cuenta uno de sus viajes por el «Gans yul», con el coraje que la caracterizaba, disfrazada de mendigo dopka —los «hombres de las soledades»—, camino de Lhasa, a principios de siglo: «Es la quinta vez que me pongo en marcha hacia la zona prohibida del «país de las Nieves»... algunas de ellas han sido hechas alegremente... otras —la partida— fue grave, casi solemne... un día me alejé en medio de una dramática hechicería, episodio promovido por un huracán que se desencadenó súbitamente en el instante en que me ponía en camino... dos veces partí secretamente... a través de las inmensas soledades tibetanas... tierras altas y ásperas... fascinantes». Emprende la ruta del Kha-Karpo hacia el sendero «de peregrinación que rodeaba la santa



Porteadores del Karakorum.

montaña», de cara al invierno, ocultándose durante el día; la frase de los sudras budistas, «todo lo que debía hacerse se cumplió» podría ser el lema de este libro hasta la llegada de su autora a Gyantzé, en cuyo bungalow del puesto avanzado inglés, «cuando relaté que llegaba de China a pie, que había viajado durante ocho meses por el Tibet, atravesando regiones inexploradas y residiendo dos meses en Lhasa, nadio supo, de momento, hallar palabra con que responderme».

<sup>35</sup> David-Neel, A. (1931): En el Tibet misterioso. Barcelona, J. Gil, 108 págs.; Místicos y Magos del Tibet apareció en la Colección Austral, con el nº 1.404; La puissance du néant se puede encontrar en edición de bolsillo (Paris, Plon, 1981, 158 págs.). No es de extrañar el olvido de las viejas ediciones, pues llega, entre nosotros, a la misma exploración española en América; un ejemplo reciente es la traducción al castellano del Libro de R.R. Miller sobre la Comisión Científica del Pacífico (1862-66), que suscita la posterior reimpresión del relato de Almagro, miembro de la Comisión, pero no del estudio de A.J. Barreiro, de 1926, del que se nutren y al que incluso copian los comentaristas actuales del viaje.

<sup>36</sup> Harrer, H. (1964): Siete años en el Tibet. Barcelona, Juventud, 274 págs. y Peissel, M. (1972): Los Khambas, guerrilleros del Tibet, Barcelona, Juventud, 287 págs. De este autor hay diversos viajes al Himalaya. El territorio ajeno, que caracteriza ciertos viajes, está explícitamente abordado en el mismo título del libro de Amy, B. (1972): La montagne des autres... Paris, Arthaud, 239 págs.

<sup>37</sup> Noel, J.B.L. (s.a.): Por el Tibet al Everest. Madrid, Aguilar, 258 págs. Numerosos libros quedan sin citar aquí, desde Richthofen a Messner, pero mi intención es sólo indicativa.



Porteadores del Nepal

Los escritos de Alexandra David-Neel son variados; por ejemplo, sobre temas étnicos y religiosos, como en *Místicos y magos del Tibet*, también agotado, e incluso —en colaboración con su ahijado el Lama Yondgen— una novela (*La puissance du néant*), donde refleja su experiencia doble de la sencillez de las formas de vida tibetanas y de la complejidad de su interpretación de los hechos y las cosas, donde se confunden las realidades del camino y los símbolos de una «tanka» con la «Rueda de la vida» (35). El inmediato sucesor, en nuestras bibliotecas, de estos libros suele ser el de Harrer, testimonio y aventura, que quizá cierre el período de viajes al Tibet-santuario. La obra de Peissel sobre los Khambas tiene claramente otro significado (36).

Uno de los temas de mayor importancia en época reciente, dentro de este ciclo, es el de los libros de expediciones al Himalaya. Entre ellos me gusta recordar algunos: en primer lugar, enlazando con los anteriores, el de Noel, *Por el Tibet al Everest* (37), con algunas páginas ad-

<sup>38</sup> Shipton, E. (1954): Expedición de reconocimiento al Everest. 1951. Barcelona, Juventud, 128 págs.; (1965) La conquista de las montañas, Barcelona, Timun Mas, 153 págs.; (1969) That Untravelled World. An Autobiography. Londres, Hodder and Stoughton, 286 págs. etc.

<sup>39</sup> Evans, Ch. (1958): Kangchenjunga. El pico no hollado. Barcelona, Juventud, 223 págs. Se puede añadir, en la exploración,

Braham, T. (1974): Himalaya Odyssey, Londres, Allen, 243 págs. Una parodia humorística de este tipo de libros es el de Bowman, W.E. (1957): Al asalto del Khili-Khili. Madrid, Taurus, 173 págs.

<sup>40</sup> Herzog, M. (1964): Annapurna. Primer 8.000. Barcelona, Juventud, 288 págs.

<sup>41</sup> Hunt, J. (1960): La ascensión al Everest. Barcelona, Juventud, 207 págs. Contrastar con Another ascent of the World's Highest Peak-Qomolangma. Pekin, For. Lang. Press., 1975, 120 págs. y con Bonington, C. (1976): Everest. The Hard way. Londres, Hodder and Stoughton, 239 págs. De este autor podemos citar también: Annapurna. South face, Penguin Books, 1973, 410 págs. y The next horizon. Londres, Arrow, 1978, 304 págs. Para el camino al Everest, Fantin, M. (1978): Sherpa Himalaya Nepal. New Delhi, Engl. Book Store, 186 págs. Los libros de Bonington marcan la etapa de las grandes escaladas por itinerarios espectaculares. Ver el libro de Unsworth, W. (1981): Everest. Londres, A. Lane, XIV + 578 págs.; Shirakawa, Y. (1976): Himalaya, Paris, Laffont, 126 págs.; para una imagen más saboreada de la experiencia himaláica habría que recurrir a Samivel (1973): Hommes, cimes et dieux. Paris, Arthaud, 466 págs., que pasea por los mitos de las cordilleras; el mismo autor tiene un libro de relatos, Contes des brillantes montagnes avant la nuit, dos de los cuales recrean viajes asiáticos en relación con estos mitos.

<sup>42</sup> Heim, A. y Gansser, A. (1975): Central Himalaya. Geological observations of the Swiss expedition 1936. Dephi y Hind. Publ. XVI + 247 págs. + XXVI lams. y map. En este campo, donde abundan las reediciones de libros pioneros, podemos incluir a Desio, A. (1955): La conquista del K 2. Segunda cima del mundo. Barcelona, Juventud, 231 págs.; Cassin, R. y Nangeroni, G. (1977): Lhotse 75. Milán, CAI, 172 págs. +

mirables, donde reaparecen las mesetas fascinantes, el glaciar de Rongbuk, su monasterio y las duras expediciones de los años veinte al Everest. En segundo lugar, los libros de Shipton, el explorador del alto Himalaya, el descubridor de rutas, cimas y glaciares (38); con él, *Kangchenjunga*, de Charles Evans (39), modelo de libro de expedición. En tercer lugar, *Annapurna*, de Herzog (40), epopeya de una época, contada con dignidad y fuerza. En cuarto lugar, *Everest*, de Hunt, el libro



Travesía de los altos glaciares del Himalaya.

fundamental (41). Por último, en representación de las expediciones científicas, quiero destacar la obra de Heim y Gansser, *Central Himalaya* (42), cuyo estilo, incluyendo los dibujos, crearon escuela. Estas ascensiones prolongan el ciclo alpino, pero tienen entidad propia, derivada de un planteamiento literario común, una aventura expedicionaria similar y un paisaje imponente, remoto y especial. Existe el drama, pero también el relato distendido: «Siempre he estimado, como muchos de nosotros, — escribe Jean Franco (43)— que vale más esperar que arriesgar, soplar que resoplar, cantar que gritar. He aquí el por qué de este libro». Es la vieja recomendación del alpinista Topffer, que aconsejaba incluir en el morral una provisión de buen humor.

## VI. Los libros de Volcanes

Los libros de *viajes a los volcanes* basan una buena parte de su emoción en el carácter activo de la naturaleza visitada, la espectacularidad y peligrosidad de la erupción. Responde esta dialéctica a muy viejas vivencias en nuestra cultura mediterránea y atlántica; Santorin, el Vesuvio, el Etna, los volcanes de Hannon o San Brandán, el Teide, el Atlas, Islandia... Muy viejos mitos, poemas y reflexiones, viejas catástrofes están detrás de cada viaje al dragón.

Pero los libros de viajes a los volcanes, además, unen aún el relato de la ascensión a la cumbre —la aislada cima del gran volcán cónico es



lams y map.; Bordet, P. (1961): *Recherches géologiques dans l'Himalaya du Népal. Région du Makalu*. Paris, CNRS, 275 págs. + lams. y map.; Bordet, P. (1961): *Recherches géologiques dans l'Himalaya du Népal. Région du Makalu*. Paris, CNRS, 275 págs. + lams. y graf.; Filippi, F. de (1924): *Storia della spedizione scientifica... del Himalaya Caracorum...* (1913-1914). Zanichelli, 1979, 2 vol., etc.

<sup>43</sup> Franco, J. (1955): *Makalu*, Paris, Arthaud, 249 págs.

<sup>44</sup> Sería larga la lista de las obras de este autor, por lo que recojo aquí sólo su último libro, aunque recomiendo la lectura de todos los que ha escrito. Tazieff, H. (1984): *Sur l'Etna*. Paris, Flammarion, 255 págs. Entre sus expediciones se han hecho famosos sus descensos a cráteres activos; las primeras noticias que tengo de tal proeza, son de un fraile español en la época de la conquista americana, que se descolgó en un cesto hasta cerca de la lava incandescente en el fondo de la boca eruptiva, para ver si se trataba de algún rico metal fundido, y de los soldados de Hernán Cortés recogiendo azufre en el cráter del Popocatepetl, por el mismo procedimiento.

<sup>45</sup> Son representativos Kraft, M. (1974): *Guide des volcans d'Europe*. Neuchatel, Delachaux-Niestlé, 412 págs.; Peterlongo, J.M. (1972): *Massif Central. Guides géologiques régionaux*. Paris, Masson, 199 págs. y Bout, P. (1973): *Les volcans du Velay, itinéraires géologiques et géomorphologiques en Haute Loire*. Brioude, Watel, 272 págs. En España, Araña, V. y Carracedo, J.C. (1978): *Los volcanes de las Islas Canarias*, Madrid, Rueda, 3 tomos. Mallarach, J.M. y Riera, M. (1981): *Els volcans olotins i el seu paisatge*. Barcelona, Serpa, XV + 250 págs.

<sup>46</sup> Así ocurre con el libro de Zurcher y Margollé (1877): *Volcans et tremblements de Terre*. Paris, Hachette, 323 págs. El viaje de Berthelot al Teide tuvo mucha difusión e incluso se incorporó a la popular *Bibliothèque des Merveilles* en su tomo *Les ascensions célèbres aux plus hautes montagnes du Globe*. Paris, Hachette, 1867, 384 págs., también de los autores anteriores. Como ejemplos de otro tipo citemos a Dumas, A.: *Impresiones de viaje*, que se editó en Madrid en 1857 en la tipografía de F.P. Mellado, donde cuenta su excursión a Vulcano y su experiencia de una erupción cratérica en Stromboli: el magnífico y espantoso espectáculo... la

la cumbre ideal, geométrica y única— y la observación del antro, —el cráter, lo profundo en lo alto, lo infernal en lo celeste—, como una peregrinación entre lo dantesco y lo alpinístico por los caos de lavas, las cenizas y fumarolas, a la observación y la experimentación científicas, ya olvidadas en la mayoría de las escaladas montaÑeras. La tradición del viaje científico sigue siendo básica en la narración de recorridos volcánicos. Todo ello hace de estos libros un grupo clásico y especial.

Corresponde a un solo hombre, Haroun Tazieff, el haber escrito los más emocionantes libros de viajes a los volcanes de nuestro siglo: el Niragongo, el Erebus o el Etna —sobre todo el Etna— (44), aparecen, junto a muy remotos conos, repetidamente en sus páginas, escritas con pasión, inteligencia, sentido de la aventura y la audacia, cultura, conocimientos volcanológicos y capacidad pedagógica. «Caminad solos en la montaña o en el desierto, afrontad solos las tempestades o los volcanes —escribe— y encontraréis inmediatamente el sentimiento ancestral de la precariedad de nuestra presencia sobre la tierra, donde nos toleran por milagro las fuerzas colosales del universo». «...Este esplendor bárbaro de toda erupción volcánica... Aquí, junto a esta bestia, mineral pero también terrible pese a su aparente placidez, me complacía en abstraerme en la contemplación de sus estremecimientos secretos, de su palpitación, imperceptible si no era de cerca, y me parecía ver respirar suavemente la pulpa de la Tierra». «...Me sentía menos al final que al inicio de algo. Una etapa nueva iba a suceder a la que acababa de terminar. Todo iba a recomenzar en la eterna juventud de la vida, los sueños, las esperanzas, las luchas. Habría objetivos nuevos que alcanzar, mediocridades que combatir, amistades que vivir. Y lugares que alcanzar, sitios fabulosos quizá inaccesibles, otros simplemente adorables. La Tierra y su múltiple esplendor, las montañas y los campos de trigo, los lagos y los desiertos, la linde de los bosques, las olas del mar, los torrentes de lava y los labrantíos oscuros. La tierra que huele a azufre y la tierra que huele a heno. Querría decir gracias a la Tierra».

Tazieff ha otorgado un sentido propio, pleno, a los viajes a los volcanes, ha suscitado un interés por ellos que antes no existía y los ha difundido de un modo amplísimo y brillante. Como los temas de sus libros son en buena medida las peripecias de los volcanólogos entre las lavas y los cráteres, pertenecen al género viajero tanto como al volcanológico. ¿En qué medida han inducido a ocasionar vocaciones por esta ciencia, a motivar viajes a bocas eruptivas? Entre las consecuencias de su labor difusora creo que deben contarse incluso libros de otros autores, que cooperan de hecho en esta línea divulgadora (45). Pero la tradición de los viajes a los volcanes es mucho más antigua y en ocasiones ha tenido una cierta popularidad (46).

El Etna ha sido objeto constante de mitos, estudios, visitas, temores y ocupación humana; desde la época clásica es un eje de nuestra cultura en algo más que en su aspecto naturalístico y ha sido patrón de leyendas, de saberes, de viajes a los volcanes. El Etna es un modelo cultural. Esquilo, Píndaro, mencionan ya las horrendas bocas, el terrible esplendor, la violencia, el fragor, el antro, la cima nevada, el fuego de sus cavernas, devorador de los feroces campos sicilianos, los humos, el espectáculo admirable. Hesiodo habla del mugido de la montaña y el



fuego del monstruo (47). El Etna es el mismo cíclope y es la fragua; la erupción, la Gigantomaquia y Titanomaquia.

Desde la Odisea, el ojo circular del cíclope étneo domina el mediterráneo de los poetas hasta Ovidio y Virgilio, hasta Petrarca y tantos otros. Su pie, desde el siglo VIII a. de C., son las tierras negras —repetidas en mitos— en que desembarcan navegantes. Tazieff cita a un poeta anónimo del siglo I ó II que quiere explicar ya por la razón la causa de la eruptividad, mediante violentas tempestades en el interior de la tierra, producidas por fortísimos vientos lanzados por grietas y cavernas, como consecuencia del contraste entre los aires fríos de su cumbre y los templados de su base, vientos que atizan el fuego interno y lo empujan por las grutas y fisuras hasta su salida al exterior. El Etna también es el razonamiento, desde Empédocles hasta el actual Instituto de Volcanología; también es la morada del hombre, que labra sus flancos, que vive en dialéctica con sus coladas.



*El Etna desde el Sur.*

Pero el Etna es además el modelo cultural del «viaje al volcán» del europeo culto, patrón trasladado al Teide casi íntegramente en los viajes ilustrados y románticos, con el añadido de la navegación atlántica, el especial atractivo de las Afortunadas, que ya asoma en Sertorio, y el interés propio por la naturaleza de las islas meridionales. El Teide, en este aspecto, viene a ser el «otro Etna», en la lejanía; a este carácter remoto se unían leyendas y contenidos propios del volcán atlántico en los confines, pero a veces también inspirados en viejos elementos étneos.

Son numerosas las afinidades concretas en los relatos de viajeros que ascienden al Etna y al Teide, montañas capaces de atraer a importantes escritores y científicos. Goethe acude al Etna en 1787, atraviesa coladas y contempla a sus pies el litoral. En un momento determinado ve la cima nevada sobresaliendo de las nubes, lo que le impresiona vivamente, como a Humboldt, doce años después, la aparición de la cumbre del Teide de un modo similar: «El pico de Tenerife era aún invisible: una bruma espesa envolvía todas las formas... la bruma se disipó totalmente. El pico del Teide se mostró entonces en un claro por encima de las nubes; los primeros rayos del sol, que aún no se había levantado para nosotros, esclarecieron la cima del volcán. Fuimos

explosión, semejante a un árbol gigantesco de llamas y de humo que sacude sus hojas de lava. Aún se vende en el lugar el folleto de Giacomo, S. di (1926): *La Solfatara... Pozzuoli, F. Granito y F.*, 72 págs., donde recuerda las menciones a la comarca desde los poetas latinos hasta Lamartine, Shelley, Goethe, entre otros.

<sup>47</sup> Mencionan estos aspectos Tazieff, H., *Op. cit.* y de Lorenzo, G. (1907): *L'Etna*. Bergamo, I.I. Arti Grafiche, 154 págs. Esta monografía clásica es singularmente atractiva.

## RESUME

Les livres de voyages peuvent se grouper en cycles. Parmi les plus significatifs de ces cycles il convient de souligner l'importance du cycle polaire, du cycle Alpin, du cycle Pirénéen, du cycle des livres des grottes, du cycle asiatique auquel appartiennent les plus séduisants livres de voyages, et, les livres des volcans que partagent le caractère spectaculaire et l'intérêt du phénomène qu'ils décrivent. Le milieu dans lequel se développent ces cycles constitue un univers culturel et symbolique ayant ses propres caractéristiques.

<sup>48</sup> Humboldt, A. de (1816): *Voyage aux régions Equinoxiales du Nouveau Continent...* Paris, Libr. Grecque-Lat. -All., T<sup>o</sup> I.; Cioranescu, A. (1978): *Alejandro de Humboldt en Tenerife*. Santa Cruz, E.C.T. 91 págs. y Melon, A. (1957): *Humboldt en el conocer la España peninsular y canaria*. Estudios Geográficos, págs. 239-259. Pese a estar descrito el Teide con realismo desde el siglo XVI, el mito de su gran elevación perdura hasta el XVIII; Snellius le supuso nada menos que 8.300 m. de altitud.

hacia la proa ... para disfrutar de este espectáculo majestuoso». Cuenta De Lorenzo que los navegantes del Pacífico no veían, aún de noche, la cima del Fuji-Yama más que cuando miraban muy alto, al corazón del cielo, ya iluminada por la aurora; así los marinos del Atlántico tantas veces habían visto la del Teide sobre las nubes del alisio, que creyeron que era la más alta del mundo.

Humboldt hace numerosas referencias al Etna, como comparación, en el relato de su visita al Teide (48) y una la dedica expresamente a Cadamusto, que, en 1505, afirmó la semejanza de este pico al Etna para suponer su vitalidad eruptiva, lo que es un dato más de la lógica vigencia del modelo mediterráneo. Más interesante aún es su comentario de que, en Tenerife, «la excursión del Pico es como las que se hacen en el valle de Chamonix y a la cima del Etna», emparentándolo al mismo tiempo con el gran volcán europeo y con la actividad que inicia el alpinismo, principalmente con las ascensiones de De Saussure en el macizo del Mont Blanc. El Teide estaba así en la «vanguardia» del movimiento naturalista de la época. Del mismo modo, al Etna, como al Teide, por ejemplo, también acudirá Von Buch, con el entonces acuciante problema científico del paso del neptunismo al plutonismo empujándole detrás.

Pero, curiosamente, la influencia es recíproca, dada la personalidad cultural de los visitantes a ambos volcanes. Así ocurre que, en un caso, Humboldt sigue a Goethe cuando éste consigue ver desde un alto el litoral, pese a la borrasca («en el momento en que una capa horizontal de nubes —escribe el primero en el *Cosmos*—deslumbrante de blancura, separa el cono de cenizas de la llanura inferior y, súbitamente... deja que desde el borde mismo del cráter, pueda la vista dominar las viñas de la Orotava, los jardines de naranjos y los grupos espesos de plátanos del litoral»; y dice, con igual perspectiva, el segundo: «el país magnífico que se extendía a mis pies... desde Siracusa hasta Mesina, la amplia playa con sus curvas y golfos»), o hacia arriba, mirando a la cumbre.

Pero, en otra ocasión, Humboldt es imitado por un viajero del Etna, citado por Tazieff sin nombrarlo. «*Encima de nosotros* —describe Humboldt en el Teide—, la bóveda celeste de un azul oscuro; *a nuestros pies*, viejas riadas de lava; *a nuestro alrededor*, aquel escenario de desolación... rodeado de bosques de laureles; *a lo lejos*, abajo, los viñedos entreverados con grupos de plataneras que se extienden hasta el mar; unos pueblos preciosos en la orilla, el mar y todas las siete islas, entre las cuales La Palma y Gran Canaria poseen volcanes muy elevados, parecían por debajo de nosotros como en un mapa geográfico». El desconocido, para mí, viajero étneo dice, a su vez: «Poco tiempo después de que estuviésemos sentados sobre la más alta punta del Etna, el sol se levantó y tuvimos ante los ojos una escena brillante que no es susceptible de descripción. El horizonte aclaraba gradualmente, descubrimos la mayor parte de Calabria y hasta el mar del otro lado, el faro de Mesina y las islas Lípari: el Stromboli, con su cima humeante, parecía estar bajo nuestros pies. Vimos la isla entera de Sicilia, sus ríos, sus ciudades, sus puertos, como si hubiéramos mirado un mapa geográfico».

Estas íntimas relaciones Etna-Teide reposan en un importante

trasfondo cultural, del que son expresión (la búsqueda romántica de la naturaleza sublime) y en un afán científico decisivo (el estudio directo de la naturaleza para construir una nueva interpretación del Cosmos). Pero, al mismo tiempo, se desarrollan en un anecdotario similar las ascensiones a sus cimas por los viajeros curiosos, con su barómetro, termómetro y carnet de notas, entre lavas y escorias, afectados por la altitud, recogiendo muestras: en el Etna, según cuenta Tazieff, visitaban una cueva glacial —algunas de estas grutas se usaban como reservas de nieve—, se dormía en un abrigo entre rocas junto a un fuego, se subía en la madrugada para ver amanecer desde la cumbre, se ascendía el siempre fatigoso tramo de piedras inestables antes de la cima y se miraba el cráter y el amplio «mapa» del entorno antes de emprender el descenso. En el Teide se visitaba la Cueva del Hielo —donde se usaba su reserva de nieve habitualmente por los tinerfeños— se dormía en un lugar recogido entre peñascos al lado de una hoguera, se emprendía la subida antes de amanecer para observar la salida del sol en la cima, se remontaba con cansancio un sector último de rocas sueltas, se recorría el cráter, se observaba el paisaje, como en un «mapa» y se bajaba. En el siglo pasado existió en el Etna una «Casa del Ingles», refugio próximo a su cumbre; en el Teide un lugar de reposo se conoce, camino de la cima, como «Estancia de los Ingleses». Ancha es Europa.



*El Teide desde el Oeste.*

#### SUMMARY

Travelling books can be gathered by cycles. Among the most significant of these cycles can be mentioned the polar cycle, the Alps cycle, the Pyrenees cycle, the grotto's books cycle, the Asiatic cycle, which consists of some of the most attractive travelling books, and the books about volcanoes, that have the same spectacularity and interest than the phenomenon which describe. These cycles come about in an cultural and symbolic universe that has his own characteristics.

<sup>49</sup> Tazieff, H. (1964): *Histoires de volcans*. Paris, L.G.F., 190 págs. Para otros datos ver mi artículo *Libros de viajes*. *Anales de Geografía*, Univ. Complutense, 1984.

Por último, sólo quisiera recordar el viaje más extraordinario que he leído nunca: el que Tazieff recoge en su libro *Histoires de volcans* (49), con el título de «L'étonnante navigation de Popkov et Ivanov»: dos volcanólogos de Kamtchatka intentan medir la temperatura de la lava del volcán en erupción Bilinkai, en el año 1938, pero la corriente de la colada les impide introducir el termopar en su interior; vestidos de amianto, pisan la lava incandescente y se instalan encima de una costra enfriada en el mismo centro de la colada, en la que navegan, efectuando sus experimentos, entre materiales a 870<sup>o</sup> de temperatura, durante una hora y a lo largo de dos kilómetros. Pero todos sabemos que la volcanología ha dado pie al viaje imaginario más simpático, el *Viaje al centro de la Tierra* —¿cómo no citarlo?—, llevado a cabo sólo, al igual que Humboldt en el Teide, para comprobar una hipótesis: «la verdadera Geografía», como escribía Martel.

No ha sido, como es evidente, mi propósito hacer aquí relaciones completas, sistemas ni historia, sino sólo unos comentarios personales a un tema habitualmente tenido por menor. Otros grandes ciclos conoci-

dos están voluntariamente no tratados en estas páginas (el atlántico, el americano, el italiano, el español, etc.) (50). Mi intención no era sino indicar que existe un orden intelectual preciso, con sus referencias, evolución, cánones y estilos, que permite agrupar libros, lugares y temas, dentro de los que se entiende bien la producción de relatos de viajes, en contraste con el oportunismo, el azar y la tentación de bazar de modas que tiñen en general las ediciones actuales españolas.

#### ZUSAMMENFASSUNG

Die Reisebücher können in verschiedenen Zyklen aufgeteilt werden. Unter den bedeutendsten können der Polar-Zyklus, der Alpen-Zyklus, der Pyrenäen-Zyklus, der Zyklus der Höhlenbücher, der Asien-Zyklus, die welche der attraktivsten Reisebücher umfasst, und die Vulkan-Bücher, die an der Spektakularität und Anregung des beschriebten Phänomen teilnehmen, abgehoben werden. Der Raum, in dem sich die Zyklen entwickeln, bildet eine kulturelle und symbolische Welt mit eigenem Charakter.

<sup>50</sup> García Mercadal, J. (1952): Viajes de extranjeros por España y Portugal... Madrid, Aguilar, 2 tomos, 1.629 + 1.446 págs. Hay, por último, un libro que me gustaría recomendar a los jóvenes viajeros; el de Deffontaines, P. (1980): *Petit guide du voyageur actif*, París, Presses d'Ile-de-France, 95 págs., cuyos consejos para aprender a ver los paisajes deberían divulgarse.